

PAZ EN LA REGIÓN SIN GUERRA

Talia Hagerty¹

17 de diciembre de 2019

Al cierre de 2019 —año que también marca el final de esta década—, hablar de paz en América Latina cuesta trabajo. En el último año, los colombianos han luchado por ver la implementación del acuerdo de paz. Los mexicanos eligieron un nuevo líder para seguir peleando una guerra contra las drogas ya de larga data. Los venezolanos se enfrentan a una crisis constitucional en una economía que se precipita en caída libre. Bolivianos, hondureños y nicaragüenses, cuando menos, han pedido la renuncia de sus presidentes. Han estallado protestas en casi todos los países de la región.

¹ Las opiniones y el análisis que aquí aparecen son responsabilidad exclusiva de la autora y no reflejan la posición del Institute for Economics & Peace. Sin embargo, buena parte de la investigación que aquí se presenta proviene directamente del Índice de Paz Global 2019 (2019 Global Peace Index) y del Índice de Terrorismo Global 2019 (2019 Global Terrorism Index), en los que la señora Hagerty ha contribuido como autora en el análisis regional, así como de varias ediciones del Índice de Paz México que se elabora anualmente, del que la señora Hagerty es la autora e investigadora principal. La señora Hagerty desea reconocer a Thomas Morgan, investigador sénior, por el análisis de los datos en los que se basan los Índices de Paz Global y de Terrorismo Global, así como al Dr. David Hammond, director de Investiga-

Desafortunadamente, los resultados que arrojan las mediciones más recientes sobre la paz en América Latina sugieren que los sucesos actuales no deberían sorprender a nadie. Sin embargo, los datos no llevan directamente a esta conclusión. Si se trata de indicadores convencionales sobre la paz —aquellos que capturan el conflicto armado—, América Latina tiene un buen desempeño, y ciertamente uno mucho mejor que el que hubiera tenido según estos mismos parámetros hace apenas 25 años. Hoy, América Latina es la única región en el mundo que no está involucrada en guerra alguna y, en consecuencia, es más pacífica que el promedio global según varios indicadores relativos a conflictos en curso y militarización. Y, sin embargo, Venezuela, Colombia y México están entre los 25 países menos pacíficos del mundo. El número de personas asesinadas en México es el mismo que el de personas muertas por el conflicto armado en Yemen. Millones de latinoamericanos están desplazados; el Alto Comisionado de

ción, y a Paulo Pinto, investigador, por el análisis de datos para el Índice de Paz Positiva (Positive Peace Index).

Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) informa que, en 2018, “los venezolanos que huyeron de sus hogares sumaron un promedio de 5.000 personas al día (UNHCR, 2018: 3)”. Y el terrorismo —una forma de violencia muy correlacionada con la guerra civil— va escalando en la región.

Este texto analiza los datos y la investigación del último año provenientes de cuatro proyectos del Institute for Economics & Peace (IEP) para entender la paradoja de la paz en América Latina, a partir de la exploración y contextualización de las tendencias observadas en los indicadores clave.

Medir la paz

El Índice de Paz Global (IPG) que produce anualmente el IEP mide la paz en 163 países a partir de 23 indicadores organizados en tres grandes ámbitos de la paz: militarización, conflicto en curso y seguridad ciudadana. El IPG es el baremo líder en el mundo cuando se trata de medir la paz, tanto por su amplio uso como porque utiliza un enfoque multidimensional para medir mejoras y deterioros en la paz. En el caso de América Latina, especialmente, la “paz” ya no se entiende solo como el final de la guerra. Si bien el IPG reconoce que el conflicto armado, la violencia interpersonal y el terrorismo tienen propiedades únicas, al medirlos con base en distintos indicadores, el índice de paz captura el

hecho de que todas las formas de violencia tienen consecuencias sobre nuestra experiencia de vida pacífica.

El IPG categoriza a los países latinoamericanos en dos de sus nueve regiones mundiales: América del Sur y América Central y el Caribe, que incluye a México, dado que la experiencia de la paz en ese país es mucho más similar a la de sus vecinos del sur que a la de los del norte. La lista completa de los países latinoamericanos a los que se mide en el índice se incluye en la tabla 1.

Sobre la base de su trabajo al desarrollar la primera medida comprehensiva de paz global, el IEP publica otros tres índices que son de utilidad para este trabajo: el Índice de Terrorismo Global (ITG), que ofrece un análisis anual de información proveniente de la Base de Datos sobre Terrorismo Global de la Universidad de Maryland; el Índice de Paz Positiva (IPP), el cual, en vez de medir niveles de violencia, mide actitudes, instituciones y estructuras de sociedades pacíficas, y el Índice de Paz México (IPM), que usa una metodología similar a la del IPG para medir la paz a nivel subnacional en México.

TABLA 1

CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE				
CLASIFICACIÓN REGIONAL	PAÍS	CALIFICACIÓN GLOBAL, 2019	CAMBIO EN LA CALIFICACIÓN DE 2018 A 2019	LUGAR EN LA CLASIFICACIÓN GLOBAL
1	Costa Rica	1,706	-0,06	33
2	Panamá	1,804	-0,02	47
3	Jamaica	2,038	-0,041	83
4	República Dominicana	2,041	-0,032	84
5	Haiti	2,052	-0,002	87
6	Cuba	2,073	0,027	91
7	Trinidad y Tobago	2,094	0,041	93
8	El Salvador	2,262	-0,01	113
9	Guatemala	2,264	0,054	114
10	Nicaragua	2,312	0,377	120
11	Honduras	2,341	0,065	123
12	México	2,6	-0,04	140
PROMEDIO REGIONAL		2,132	0,03	
SUDAMÉRICA				
CLASIFICACIÓN REGIONAL	PAÍS	CALIFICACIÓN GLOBAL, 2019	CAMBIO EN LA CALIFICACIÓN DE 2018 A 2019	LUGAR EN LA CLASIFICACIÓN GLOBAL
1	Chile	1,634	-0,012	27
2	Uruguay	1,711	-0,043	34
3	Ecuador	1,98	0,018	71
4	Argentina	1,989	0,034	75
5	Perú	2,016	0,034	80
6	Bolivia	2,044	0,011	85
7	Paraguay	2,055	0,054	88
8	Guyana	2,075	0,034	92
9	Brasil	2,271	0,112	116
10	Colombia	2,661	-0,068	143
11	Venezuela	2,671	0,028	144
PROMEDIO REGIONAL		2,101	0,018	

El periodo que mide el IPG va de marzo a marzo de cada año; entonces, los resultados de 2019 reflejan los sucesos ocurridos entre marzo de 2018 y el mismo mes de 2019. De forma similar, los otros índices recogen sucesos del año previo a su publicación. En consecuencia, la mayor

parte de los datos que se discuten en este análisis pertenecen a 2018. Sin embargo, los sucesos de paz y conflicto específicos que se recogen en los índices son menos reveladores que las tendencias generales y la consecuente interpretación de los datos. Si de algo sirven los datos de

2018 sobre América Latina es para hacer evidente cómo llegó la región a donde está hoy.

Resultados en la región

El IPG 2019 mostró la primera mejora en la paz global en cinco años (IEP, 2019a). En general, el mundo se volvió casi un 1% más pacífico, debido a avances en 86 de 163 países. Sin embargo, los resultados no se distribuyeron equitativamente alrededor del mundo. Mientras Oriente Medio se empezó a recuperar de una década de guerra y agitación, y Europa y Rusia empezaron a cosechar los beneficios de los avances en el vecindario, las Américas han tenido un cambio brusco en la tendencia. Centroamérica y el Caribe sufrieron el deterioro más grande con respecto a cualquier otra región del mundo entre 2018 y 2019, seguidos de América del Norte y América del Sur. Pero, mientras el deterioro de Centroamérica en su calificación promedio estuvo motivado por la severa ruptura de la paz en Nicaragua, Sudamérica fue testigo de un declive más extendido, con ocho de sus once países volviéndose menos pacíficos en 2019. Más aún, dos países latinoamericanos sufrieron deterioros tales que aparecieron entre los primeros cinco en esa categoría en todo el mundo: Nicaragua y Brasil.

Nicaragua cayó 54 lugares en la clasificación del IPG entre 2018 y 2019. El deterioro en la calificación de Nicaragua fue tan severo que arrastró

en su caída el promedio regional para Centroamérica y el Caribe.

El informe dice lo siguiente sobre los resultados de Centroamérica y, dentro de ella, los de Nicaragua:

Siete países centroamericanos mejoraron mientras que cinco sufrieron deterioros, pero, tal y como tiende a ocurrir cuando se quebranta la paz, las caídas fueron mayores que las mejoras.

Agitación de la población civil, crímenes violentos y disputas fronterizas caracterizaron el último año en la región. Los manifestantes han pedido la renuncia del presidente tanto en Nicaragua como en Honduras. Los refugiados que huyen de la violencia en la región se han congregado en la frontera sur de México con Guatemala, en busca de ingresar a México y a Estados Unidos.

...[P]rotestas pacíficas en contra de las reformas a la seguridad social [en Nicaragua] fueron enfrentadas con violencia policiaca en abril de 2018, y el conflicto entre el gobierno y la oposición escaló durante el siguiente año. Al menos 325 personas murieron asesinadas, y los manifestantes han pedido la renuncia del otrora líder sandinista y hoy presidente Daniel Ortega, quien se ha mantenido en el cargo desde 2006. El colapso económico en Venezuela ha exacerbado la situación, al disminuir drásticamente la ayuda a Nicaragua, lo que ha obligado a reducir los beneficios gubernamentales y ha erosionado la estabilidad política y económica (IEP, 2019a: 14).

Brasil registró la quinta caída más pronunciada en el mundo, al caer diez lugares solo en el último año, y, en consecuencia, ha afectado el promedio de Sudamérica. El sur del con-

tinente registró los siguientes sucesos:

Solo Colombia, Uruguay y Chile mejoraron en Sudamérica en el último año, mientras que el resto de la región se deterioró. Venezuela es ahora el país menos pacífico de Sudamérica, y Brasil registró la quinta caída más pronunciada en el mundo, con nueve indicadores a la baja y solo uno al alza.

La seguridad ciudadana es el principal reto en la región, la cual es el único territorio libre de guerra —con excepción de la guerra contra las drogas—. El lado positivo en el ámbito de la seguridad está en las claras reducciones en las tasas de homicidios en Uruguay, Ecuador, Argentina y Guyana. Venezuela y Colombia también registraron reducciones, pero siguen teniendo tasas que están entre las diez más altas en el mundo.

...[E]l desplazamiento de personas y la inestabilidad política escalaron significativamente en la región, entre otras cosas por la situación en Venezuela. Los migrantes venezolanos han estado huyendo del colapso económico, lo que ha puesto presión sobre sus vecinos, especialmente sobre la Colombia posconflicto. Después de años de escasez e hiperinflación, la legitimidad del presidente Nicolás Maduro se vio cuestionada directamente en enero de 2019 cuando el presidente de la Asamblea Nacional Juan Guaidó se declaró presidente. A pesar del apoyo internacional a Guaidó, Maduro ha mantenido el poder, con el apoyo de los militares, y, al momento de escribir este texto, la crisis política seguía sin resolverse.

Sudamérica tiene un desempeño por encima del promedio global en los rubros de Militarización y Conflicto en Curso, aunque, en el último, su posición se deterioró ligeramente por la violencia y la inestabilidad en Brasil. La intensidad del conflicto interno escaló junto con la retórica entre el Partido Social Liberal, de derecha, del presidente Jair Bolsonaro y el *Partido dos Trabalhadores*, de

izquierda. Mientras tanto, los conflictos entre organizaciones criminales rivales llevaron a la intensificación de la violencia relacionada con el comercio de drogas (IEP, 2019a: 17).

Guerras sin ejércitos

Los resultados en América Latina representan las tendencias globales. Mundialmente, el gasto en los ejércitos, el volumen del comercio de armas y el promedio en el número de personal al servicio de las Fuerzas Armadas han caído sustancialmente desde el fin de la Guerra Fría. Las guerras entre países van en declive, mientras que las alianzas formales y los intercambios diplomáticos han ido creciendo constantemente durante casi un siglo. El número de soldados muertos en los últimos 25 años equivale a apenas el 3% de las muertes en combate del último siglo (IEP, 2018).

En América Latina, las importaciones de armas han decrecido y las contribuciones a las operaciones para el mantenimiento de la paz de la ONU han mejorado. En la última década, el gasto militar se ha reducido en más países que en los que no lo ha hecho. El número de integrantes de las Fuerzas Armadas en Sudamérica ha ido disminuyendo constantemente desde 2008. Tras la ratificación del acuerdo de paz de Colombia en 2016, América Latina se convirtió en la primera región del mundo en estar libre de guerra. Y, sin embargo, se está volviendo menos pacífica.

Mientras la violencia entre ejércitos ha disminuido, la violencia que afecta a la población civil ha aumentado. Por primera vez en la historia, una de cada 100 personas en el planeta está desplazada por la violencia. Las muertes globales por terrorismo llegaron al nivel más alto registrado en 2014, y prácticamente la mitad de estas fueron de civiles (IEP, 2018). En promedio, más de la mitad de los latinoamericanos reportan no sentirse seguros caminando solos por sus barrios, y la confianza que manifiestan en la Policía y en las fuerzas de seguridad es la más baja del mundo, sin importar el hecho de que las tasas de policías encarcelados son de las más altas. A pesar de los avances recientes, América Latina sigue teniendo las tasas de homicidios y de crímenes violentos más altas del mundo. En 2017, uno de cada tres adultos mexicanos fue víctima de algún crimen (IEP, 2019c), y el número de muertes por homicidio en ese país es el mismo que el de los muertos por la guerra en Yemen. Esa es la paradoja de la paz en el siglo XXI.

Los homicidios y los crímenes violentos típicamente se estudian bajo el rubro de violencia “interpersonal”. Incluso en México, donde se da por hecho que la tendencia en la tasa de homicidios depende del crimen organizado, los datos oficiales no distinguen entre actos de violencia interpersonal e interorganizacional. Brasil aún se cuenta como parte del “conti-

nente sin guerra”, aunque se haya recrudecido la violencia vinculada con las drogas porque la tregua entre las organizaciones criminales del país se rompió a fines de 2016, lo que llevó a alrededor de 250 muertes en el año inmediato posterior. Varios grupos en el estado nortño de Ceará renovaron la tregua que tenían entre ellos a principios de 2019, con el fin de unirse para atacar a las fuerzas y la infraestructura de seguridad.

Si bien herramientas como el IPG requieren que los homicidios se cuenten aparte de las muertes por terrorismo, las cuales, a su vez, se cuentan por separado de las muertes producto de la guerra, sigue siendo importante considerar si y hasta qué punto estas formas de violencia son realmente distintas. Por un lado, es innegable que los niveles de la verdadera violencia interpersonal, tales como la violencia doméstica, son demasiado altos. Por otro, las muertes clasificadas como homicidios o crímenes violentos en muchos países latinoamericanos comparten características con la guerra: la violencia con frecuencia la perpetran grandes organizaciones con nombres, metas políticas y económicas, y operaciones intraestatales o internacionales; las tendencias en la violencia responden a estrategias políticas, económicas y de seguridad de los gobiernos; factores similares llevan a los jóvenes insatisfechos a unirse a organizaciones militantes; los actos de terrorismo son cada vez más co-

munes, y, en algunos casos, el nivel y la frecuencia con que aumenta la violencia equivalen a la de aquellos países que se consideran como involucrados en guerras “oficiales”.

Una cosa lleva a otra: criminalidad, violencia política y terrorismo

Por supuesto, no todos los países en la región se enfrentan a violencia en esta escala. No obstante, las similitudes son suficientes para extraer algunas advertencias. El aporte de mayor utilidad es que las categorías de la violencia rara vez están fijas. Los resultados del IPG claramente muestran que la seguridad ciudadana —al contrario que el conflicto en curso o la militarización— es el reto principal para la paz en América Latina. Sin embargo, es útil señalar que la calificación de seguridad del IPG incluye tanto la criminalidad como otra forma de violencia que está al alza y que combina conducta criminal con intención política: el terrorismo.

La edición 2019 del Índice de Terrorismo Global (ITG) del IEP muestra resultados sin precedente para América Latina. El terrorismo aumentó a lo largo y ancho de la región en 2018, lo que podría considerarse sorprendente dada la asociación contemporánea que se hace entre terrorismo y extremismo religioso. No obstante, el terrorismo es una táctica que usan muchos proyectos ideológicos, y el terrorismo político, tanto de la extrema derecha como de la ex-

trema izquierda, asomó la cabeza en América Latina en el último año. E, importantemente, el terrorismo está muy correlacionado con la guerra civil, lo que lo hace un indicador digno de tomar en cuenta.

Centroamérica y Sudamérica fueron las únicas dos regiones en el mundo que vieron escalar el impacto del terrorismo en 2019. En promedio, el resto del mundo mejoró. De las 212 muertes por terrorismo registradas en Centroamérica y el Caribe entre 2002 y 2018, 13% de ellas ocurrieron en el último año del estudio. Seis de los once países sudamericanos experimentaron peores condiciones en materia de terrorismo en 2018, lo que resultó en la calificación regional más alta registrada hasta ahora.

El portafolios de investigación del IEP ofrece la perspectiva más amplia para el caso de México, y es causa de preocupación el contagio de la violencia que se observa allí, en el marco de los resultados para toda la región. La paz en México se ha ido deteriorando desde 2015, con la tasa de homicidios superando el récord histórico año tras año. México tiene la calificación más alta posible en el indicador de conflictos internos del IPG, con base en los conflictos entre el gobierno y múltiples organizaciones criminales. El Índice de Paz México (IPM) del IEP, en su edición 2018, analizó los patrones de violencia de 2015 a 2017, y encontró que, además de la escalada en la guerra

contra las drogas que ha durado ya una década, el país estaba experimentando un aumento concurrente de la impunidad en general —con el crimen y la violencia no necesariamente relacionados con la economía ilegal (IEP, 2019c)—. En el siguiente año, 2018, México experimentó niveles sin precedente tanto de terrorismo como de violencia política.

El ITG informa que:

México registró un incremento del terrorismo de 58% en 2018, con un notable aumento en los ataques contra políticos. Hubo 22 ataques terroristas el año pasado, con un total de 19 muertos. Los ataques contra los políticos históricamente han sido poco comunes con solo tres registrados en los 15 años antes de 2018. Sin embargo, las elecciones de 2018 en México fueron particularmente violentas, con al menos 850 actos de violencia política [de naturaleza terrorista u otra] registrados durante el periodo de campaña (IEP, 2019b: 44).

Aunque el reto de construir la paz en México nunca fue simple, ahora se ha vuelto evidente que el énfasis en la seguridad al enfrentar el fenómeno del narcotráfico es una visión demasiado estrecha. Desafortunadamente, el ITG sugiere que el aumento en la politización de la violencia no se limita a México.

Nicaragua registró niveles de terrorismo sin precedente en 2018, en medio de inestabilidad política, agitación civil y violencia criminal. Ninguno de los perpetradores en 2018 pertenecía a organizaciones terroristas conocidas, pero el extremismo de derecha puede haber desempeñado un papel en el aumento

de este tipo de violencia. La mayoría de los ataques fue de naturaleza política.

La violencia a manos de los grupos armados de Colombia ha aumentado conforme se ha estancado el avance en la implementación del acuerdo de paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en años recientes. En 2018, los disidentes de las FARC perpetraron 34 ataques, en los que asesinaron a 24 personas. En 2019, un grupo de comandantes de las FARC anunció su rearme (Janetsky, 2019). El Ejército de Liberación Nacional, que no ha firmado aún un acuerdo de paz con el gobierno, pero que sí acordó un cese del fuego en 2017, perpetró 87 ataques en 2018, en los que asesinó a 48 personas.

Bolivia había estado libre de terrorismo desde 2012 y hasta que dos ataques con bomba en el espacio de tres días mataron a 12 personas e hirieron a 60. Los perpetradores de los ataques eran desconocidos.

...[L]os ataques en Chile se multiplicaron por más de dos en 2018 hasta llegar a 45, aunque no se registraron muertes.

Brasil registró siete ataques y tres muertes en 2018, lo que lo convirtió en el peor año desde 2002. Las tres muertes ocurrieron cuando atacantes desconocidos dispararon en contra del vehículo de la consejera Marielle Franco, matándola a ella y a su conductor, y un mes más tarde dispararon y mataron a otro hombre que se pensaba había sido testigo del asesinato de Franco. Cinco de los siete ataques fueron con arma de fuego, consistente con los altos niveles de violencia armada en Brasil.

Ecuador registró cuatro ataques el año pasado, dos más que en 2017. Dos fueron ataques con bomba a cargo de perpetradores desconocidos, pero los otros dos fueron perpetrados por las FARC, e involucraron el secuestro de cinco personas en dos ocasiones distintas para intercambiar rehenes por

miembros del grupo que habían sido arrestados. Los cinco rehenes fueron asesinados (IEP, 2019b: 41).

Más vale prevenir que curar

El aumento constante de la criminalidad, el terrorismo y la violencia política tiene importantes implicaciones para las políticas públicas, dado que la infraestructura de construcción de la paz para atender estas dinámicas está mucho menos desarrollada. Colombia está siguiendo un camino tradicional a la paz; aunque los avances han sido discontinuos, hay precedentes internacionales y una hoja de ruta para que un ejército insurgente haga la transición hasta convertirse en un partido político legítimo. El quid de ese proceso es desmantelar y reconstruir el andamiaje organizacional en torno a los que, por lo demás, son agravios legítimos (la demanda de que se respeten los derechos a la libre expresión, la tenencia de la tierra y a contar con medios de vida decentes, por ejemplo). Sin embargo, un proceso de paz convencional tiene pocas posibilidades de ser suficiente en un escenario en el que múltiples organizaciones, así como individuos no afiliados, están ejerciendo distintas formas de violencia, con frecuencia con relativa impunidad.

La respuesta —respaldada por dos conclusiones derivadas de los datos sobre la paz del IEP— es que hay que enfrentar un conjunto de pro-

blemas con un conjunto equiparable de soluciones.

La investigación del IEP ha encontrado consistentemente que los quiebres en la paz aparecen más rápido y son más severos que las mejoras —casi sin excepción—. En consecuencia, el imperativo de la prevención es más que mera retórica. Recuperarse de la violencia toma años —con frecuencia, décadas—. Y, por eso, cada vez que se pueda prevenir un acto de violencia, debe hacerse. Debe impedirse el crecimiento de organizaciones criminales. Debe disuadirse a los jóvenes latinoamericanos de unirse a bandas o pandillas, cárteles y movimientos políticos violentos. Debe evitarse que terroristas potenciales adquieran armas. Para saber cómo hacer eso, se puede echar un vistazo a las características que son comunes a las sociedades más pacíficas del mundo.

Paz positiva en la región

A la par que escaló la violencia a lo largo y ancho de América Latina entre 2018 y 2019, hubo un deterioro correspondiente en la paz positiva, es decir, en las actitudes, instituciones y estructuras que crean sociedades pacíficas. La paz negativa, que es el concepto que mide el IPG, se define por la ausencia de violencia; la paz positiva capta la presencia de características sociales que reducen el número de conflictos y agravios en la sociedad y apoyan la resolución no

violenta de los conflictos que se presentan.

El IEP mide la paz positiva dentro de un marco de ocho pilares, desarrollado sobre la base del análisis estadístico de las características que son comunes a los países más pacíficos del mundo.

A grandes rasgos, las sociedades modernas más pacíficas del mundo tienen:

1. Gobiernos que funcionan bien;
2. Ambientes empresariales sólidos;
3. Bajos niveles de corrupción;
4. Altos niveles de capital humano;
5. Aceptación de los derechos de los demás;
6. Distribución equitativa de los recursos;
7. Buenas relaciones con los vecinos, tanto interna como internacionalmente, y
8. Libre flujo de información (IEP, 2019d).

Si bien el IEP fue capaz de demostrar esto de forma empírica en la última década, el concepto de paz positiva no es nuevo en el ámbito de los estudios sobre la paz. Cabe destacar que los profesionales que se dedican a la construcción de la paz han defendido durante mucho tiempo que los procesos de paz deben atender las “causas subyacentes”, es decir, hay que ir más allá de los agravios manifiestos en un conflicto para entender qué es lo que no está funcionando en la so-

ciudad. La estructura subyacente de la sociedad se vuelve todavía más importante cuando no puede ponerse fin a la violencia en una mesa de negociación. En consecuencia, la paz positiva es particularmente significativa en la América Latina contemporánea.

La edición 2019 del Índice de Paz Positiva (IPP) del IEP muestra avances de largo plazo en la región en aspectos estructurales importantes de la paz positiva, tales como la igualdad de género, la expectativa de vida y el PIB per cápita (a pesar de algunos retrocesos recientes). Estos indicadores de desarrollo y modernización son fundamentales para sociedades altamente funcionales, incluidas aquellas con bajos niveles de violencia. Sin embargo, los indicadores relativos a las actitudes y las instituciones en Centro y Sudamérica se han deteriorado sustancialmente en la última década. Los manifestantes en los países latinoamericanos no se hartaron de repente de la corrupción, la polarización política y la desigualdad en la distribución del ingreso; las bases de datos globales muestran que estos factores han ido empeorando durante años.

Tendencias divergentes en los componentes de la paz positiva pueden ser un factor de riesgo para la escalada de la violencia, debido a la forma en la que la paz se interpreta en una sociedad (IEP, 2019d). Con frecuencia, se piensa que la paz es un estado,

si bien es difícil de asir. En realidad, sin embargo, los estudios en profundidad de sociedades pacíficas —y no pacíficas— muestran que lo que llamamos paz es la manifestación de éxitos sociales múltiples e interconectados. Por ejemplo, la corrupción está sólidamente asociada con altos niveles de violencia, al grado de que se piensa que tiene un efecto corrosivo sobre la sociedad. Si los antídotos a la corrupción son la transparencia y el Estado de derecho, los procesos institucionales de rendición de cuentas y las actitudes hacia la libertad de prensa y el gobierno abierto deben apoyar las estructuras legales y sociales.

Efectivamente, la paz positiva contiene conductas no pacíficas, mientras que las debilidades o los desequilibrios crean espacios en la sociedad para violaciones varias de las normas —sea la corrupción, la exclusión, el robo o actos de violencia directa—. Si estas violaciones aumentan, se pueden convertir en motivos de queja compartidos por grupos grandes. Y los agravios junto con las líneas identitarias de cada grupo con frecuencia se convierten en conflicto armado. El enigma en América Latina es por qué la paz positiva desequilibrada se manifiesta como criminalidad y, en menor pero creciente escala, en terrorismo. Sin embargo, cuando se entiende así, es más fácil interpretar los datos: Fuerzas Armadas fuertes y grandes cuerpos policíacos dejan poco espacio para el

resurgimiento de las insurrecciones armadas que padeció la región en el siglo XX. Pero el subempleo, los mercados informales y la corrupción crean espacios para el crimen organizado, mientras que la exclusión social y la desigualdad económica alientan la violencia política, que se manifiesta en formas varias que van desde las protestas hasta el terrorismo.

Es importante aclarar que la paz negativa y la paz positiva no se denominan así porque una sea mala y otra buena; ambas realidades juntas forman la paz sostenible. Más bien, la paz negativa captura una importante ausencia —de la violencia y del miedo a la violencia—, mientras que la paz positiva representa la presencia de un rico tapiz de mecanismos de protección. Es el arte y la cultura respaldados por instituciones justas y que funcionan bien. Es la libertad social y económica insertada en la seguridad y el respeto a los derechos de los demás. Es cada uno de estos componentes, tan numerosos y diversos como las comunidades a las que deben servir, el que apoya y refuerza a los otros en un sistema de paz.

La concepción de la paz positiva tiene gran potencial en el escenario latinoamericano, donde la tradición y los movimientos modernos por igual son expertos en llenar los espacios sociales y culturales. Más aún, la paz, la estabilidad, el respeto de los derechos humanos y la gobernanza

efectiva sobre la base del Estado del derecho, tal y como establece el Objetivo de Desarrollo Sostenible 16 de la Agenda 2030, son fundamentales para alcanzar el desarrollo sostenible que los latinoamericanos están demandando categóricamente en las calles.

Se pueden encontrar muchos ejemplos de ciudadanos e instituciones que usan las duras lecciones de una historia no tan lejana para fortalecer los cimientos de la paz conseguida en el cambio de siglo. El acuerdo de paz de Colombia asume una visión sistémica de ese tipo; sus 102 disposiciones colectivamente se abocan a los ocho pilares de la paz positiva, y la mayoría de las estipulaciones del acuerdo apelan a más de uno. La base de datos nacional que recaba las experiencias de las víctimas en México, y que en consecuencia permite llevar a cabo investigaciones y formular políticas públicas basadas en evidencia, fue utilizada primero por defensores de la sociedad civil (Villagrán, 2013: 123). El “hilo constitucional” que preserva al gobierno boliviano al momento de escribir este texto fue descubierto por un grupo de líderes religiosos y políticos comprometidos con evitar la imposición de la ley marcial (Kurmanaev y Del Castillo, 2019). Si dichos niveles de profesionalismo, liderazgo y visión pueden estar a la altura de los retos actuales, la región puede retornar a su camino de progreso y seguir dejando en el pasado todas y cada una

de las formas en las que se manifiesta la violencia.

Talia Hagerty es investigadora sénior en el Institute for Economics & Peace, donde lidera los trabajos de investigación sobre América Latina del Instituto. La señora Hagerty es autora contribuyente de los informes globales del IEP y la investigadora principal del Índice de Paz para México que se publica anualmente, además de liderar los esfuerzos colaborativos del IEP para mejorar la calidad de los datos y de las políticas públicas basadas en evidencia en América Latina.

Traducción a cargo de Érika Ruiz Sandoval.

Referencias bibliográficas

- INSTITUTE FOR ECONOMICS & PEACE (IEP) (2019a): *Global Peace Index 2019: Measuring peace in a complex world*, Report n° 67. Disponible en: <http://visionofhumanity.org/app/uploads/2019/06/GPI-2019-web003.pdf>.
- (2018): *Global Peace Index 2018: Measuring peace in a complex world*, Report n° 58. Disponible en: <http://visionofhumanity.org/app/uploads/2018/06/Global-Peace-Index-2018-2.pdf>.
- (2019b): *Global Terrorism Index 2019: Measuring the impact of terrorism*, Report n° 69. Disponible en: <http://visionofhumanity.org/app/uploads/2019/11/GTI-2019web.pdf>.
- (2019c): *Mexico Peace Index 2019: Identifying and measuring the factors that drive peace*, Report n° 66. Disponible en: <http://visionofhumanity.org/app/uploads/2019/06/Mexico-Peace-Index-2019-English.pdf>.
- (2019d): *Positive Peace Report: Analysing the factors that sustain peace*, Report n° 68. Disponible en: <http://visionofhumanity.org/app/uploads/2019/10/PPR-2019-web.pdf>.
- JANETSKY, M. (2019): “How to Keep the Colombian Peace Deal Alive”, *Foreign Policy* (8 de septiembre). Disponible en: <https://foreignpolicy.com/2019/09/08/how-to-keep-the-colombian-peace-deal-alive-farc-duque-uribe-colombia/>
- KURMANAEV, A. y DEL CASTILLO, C. (2019): “How an Unknown Female Senator Came to Replace the Bolivian President Evo Morales”, *The New York Times* (24 de noviembre).
- THE UN REFUGEE AGENCY (UNHCR). (2019) *2018 End-year report – Subregion: Latin America*. Disponible en: <http://reporting.unhcr.org/sites/default/files/pdfsummaries/GR2018-LatinAmerica-eng.pdf>.
- VILLAGRÁN, L. (2013): *The Victims’ Movement in Mexico*, Instituto México del Wilson Center. Disponible en: <https://www.wilsoncenter.org/publication/the-victims-movement-mexico>.

Fundación Carolina, diciembre 2019

Fundación Carolina
C/ Serrano Galvache, 26.
Torre Sur, 3ª planta
28071 Madrid - España
www.fundacioncarolina.es
@Red_Carolina

ISSN: 2695-4362
https://doi.org/10.33960/AC_32.2019

La Fundación Carolina no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los textos firmados por los autores y autoras que publica.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)